

Una inmersión en los años 70 desde los márgenes

discursos, poder y confesiones insoslayables

NOVELA
CONFESIÓN
MARTÍN KOHAN
(Anagrama - Barcelona)

Kohan es uno de los grandes escritores argentinos de la actualidad. En esta nueva novela, el autor de *Cuentas pendientes* y *Ciencias Morales*, aborda la década del 70 para meterse de lleno en el hecho político y social, pero desde los márgenes; de qué manera la palabra y los discursos dominantes que circulan por el cuerpo social penetran en el sentido común, configurando conductas y moldeando comportamientos. La historia presenta tres líneas narrativas que se cruzan y conectan a lo largo de la trama. Tres confesiones que irrumpen insoslayables: la historia de Mirta López, la abuela del narrador, en una doble dimensión temporal; el relato del turbulento momento de Mirta adolescente, en la ciudad de Mercedes, provincia de Buenos Aires, cuando la emergencia del deseo sexual entra en tensión con el discurso presente del cura del pueblo -es decir, de la institución eclesíástica-, que no es otro que el discurso de represión a la pulsión sexual; y como esta prohibición opera directamente sobre los cuerpos.

El deseo prohibido de Mirta López, que explora su intimidad a escondidas, lo tiene como obje-



ABORDAJE DE LOS 70. Kohan aborda la influencia de los discursos dominantes sobre el cuerpo social para moldear comportamientos y conductas.

to de su imaginación a un joven Jorge Rafael Videla que transita el momento previo a su ingreso al Ejército.

Por otro lado, la novela cuenta los pormenores del Plan Gaviota

por parte de la organización PRT-ERP, en el año 1977, que tuvo como objetivo hacer estallar al avión que transportaba a toda la jerarquía política de la dictadura -Videla y toda la cúpula del go-

bierno militar-, en un viaje desde Aeroparque hacia Bahía Blanca. Un atentado diseñado y perpetrado desde los arroyos subterráneos que habitan las profundidades de la ciudad de Buenos Aires.

Por último, un juego de truco entre Mirta López -ya mayor, en un geriátrico como escenario- y nuestro narrador. Una delación cometida en el pasado, que aparece como confesión a su nieto, y

PERFIL

Martín Kohan nació en Buenos Aires en 1967. Es doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde hoy enseña Teoría Literaria. Publicó tres libros de ensayo, dos libros de cuentos y seis novelas antes de ganar, en 2007, el Premio Heralde de Novela con *Ciencias morales*, llevada al cine en 2010. Luego publicó *Cuentas pendientes*, *Bahía Blanca*, *Fuga de materiales*, *El país de la guerra*, *Ojos brujos*, *1917*, *Cuerpo a tierra*, *Fuera de lugar* y *Me acuerdo*.

que transformaría para siempre el destino de Mirta en tragedia; la estigmatización del otro, en una época que condenó con la muerte a toda actividad individual y colectiva que se desviara de la normalidad social.

Los temas presentes en esta nueva novela de Kohan, de enorme fluidez narrativa, son los presentes a lo largo de toda su obra; los discursos y sus marcas sobre los comportamientos individuales y sociales, el relato religioso penetrando en el cuerpo social para disciplinar a los cuerpos individuales, censurando así cualquier "desviación"; la circulación microfísica del poder a través de la palabra y las instituciones.

© LA GACETA

EZEQUIEL MARIO MARTÍNEZ

Mercedes *

Por Martín Kohan

Padre, he pecado. He pecado, o creo que he pecado, dijo entonces, dice ahora, Mirta López, mi abuela. Que no era todavía mi abuela, por supuesto: tenía apenas doce años. Hincada en el confesionario de la iglesia de San Patricio, allá en Mercedes, presintiendo al padre Suñé inclinado, como ella, sobre la rejilla de madera porosa, en el olor combinado del incienso y la humedad del piso y de los muros, en la penumbra espesa de los vitrales demasiado altos y probablemente sucios, pendiente de la doble promesa de comprensión y de castigo, de aceptación y reprimenda, de indulgencia y de sanción, pre-

sentando a la tolerancia algo acaso intolerable, acudiendo hasta el perdón con algo acaso imperdonable, Mirta López, mi abuela, la que sería mucho después mi abuela, camisa blanca y pollera azul y una vincha elástica, también azul, sujetando y ordenando su pelo, dijo así: he pecado, y a continuación: o creo que he pecado. Los verbos conjugados de esa manera, en pretérito perfecto, forma adecuada para la confesión y para todas las declaraciones solemnes (para las promesas, el futuro: no volveré a hacerlo; para los pecados, el pretérito perfecto: he mentido). Dijo y dice, palabras textuales, y aunque

ahora levanta la cabeza, para una mejor evocación, en ese entonces la bajó, avergonzada: el mentón tocando el pecho, la vista ausente sobre las propias manos, un sollozo contenido.

Se hizo un silencio. No solamente los sonidos tienen eco, también lo tienen los silencios; eso pasa en las iglesias, y pasó en la de San Patricio, allá en Mercedes, después de que mi abuela Mirta habló. En ese silencio, que la inquietaba, alcanzó a pensar que sus palabras, tal y como las había murmurado, menos parecían una confesión que una pregunta. Entonces, desde el otro lado, se oyó la voz del padre Suñé.

- ¿Has pecado? ¿O crees que has pecado?

Los verbos conjugados en pretérito perfecto y, además de eso, en tú.

En efecto: lo que ella había formulado, tal como lo había formulado, era una duda y no una confesión, o todavía no una confesión.

Por eso el padre invisible, la voz del padre Suñé, desde esa especie de escondite sagrado llamado confesionario, no podía proferir, no pudo, penitencia ni absolución, sino hacer nada más que esto que hizo: devolverle a ella la duda, pedirle más claridad.

- ¿Crees que has pecado? ¿O has pecado?

Mirta López no sabía. Es decir, no estaba segura. De que existía, de un lado, el bien, de que existía, del otro, el mal, tenía perfecta noción: lo aprendió en la comunión, lo intuía desde antes, acababa de ratificarlo al confirmarse en la catedral de Mercedes. Dios y Lucifer, el cielo y el infierno, la virtud y los pecados; así de simple. ¿Y entonces? ¿Por qué no podía responder? El padre Suñé esperaba. La iglesia de San Patricio esperaba. La rondaban un mareo y un llanto. Apoyó una mano en la madera, para mejor sostenerse, y afirmó los doce años de sus

rodillas intactas en el cobertor apenas mullido que acogía a los culposos. Mentir es siempre un pecado; aquí, en la casa de Dios, es un pecado mortal. Pero ella no iba a mentir, por supuesto; no sabía y era verdad. Mejor entonces contar qué era lo que había pasado, o qué era lo que le había pasado, y que fuera el padre Suñé, el olor a humedad y a incienso que tal vez fuera suyo y no de la iglesia, quien al cabo estableciera, pudiendo discernir, si había pecado o no lo había. Y si lo había, cuál era. Y con qué pena se lo redimía.

* Fragmento de Confesión